

## **DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Génesis 2, 7-9; 3, 1-7): *E insufló aliento de vida.*

**Salmo** (50, 3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

**2ª lectura** (Romanos 5, 12-19): *No hay proporción entre el delito y el don.*

**Evangelio** (Mateo 4, 1-11): *No tentarás al Señor, tu Dios.*

Hace unos días comenzamos nuestro camino hacia la Pascua poniendo cenizas sobre nuestra cabeza. Un gesto ancestral que simultáneamente nos recuerda nuestra condición mortal y nos mete de lleno en un camino de conversión en busca de lo mejor, lo verdadero y permanente que solo se encuentra en Dios. Con el símbolo de la ceniza y la invitación a la práctica de la limosna, la oración y el ayuno comenzábamos este camino, manteniendo nuestra mirada en Jesucristo, crucificado y resucitado para nuestra salvación.

En este primer domingo, la Iglesia nos invita a mirar a nuestros orígenes: somos polvo, es cierto, pero estamos animados por el aliento divino. Dios nos ha dado la vida y nos seguirá ofreciendo esa vida suya más allá de lo que podemos imaginar. Entre los dones más preciados que recibe el ser humano está el de su libertad. Pero hay que aprender a utilizar la libertad a través de decisiones. Decidir es “escoger algo”, pero también es “dejar algo”. He ahí el dilema. Cuando una cosa nos parece mala y otra buena, la decisión es muy fácil: nos quedamos con la buena y dejamos la otra sin pensarlo dos veces. Cuando dos cosas nos parecen malas y tenemos que escoger forzosamente una, buscamos la que nos parezca menos mala, y, la elección es algo difícil. Pero cuando dos cosas nos parecen buenas es cuando más se complica el asunto.

En la Biblia se habla de un tentador, la astuta serpiente en el Edén, el diablo y Satanás en el evangelio. Se nos dice de él que es capaz de presentar como algo bueno y atractivo lo que no lo es. En el desierto, el tentador lanza un triple ataque a Jesús. Son tentaciones hechas a Jesucristo, pero el evangelista quiere que las veamos como modelo de los caminos equivocados por los que los cristianos podemos errar. La tentación de utilizar nuestros dones y talentos con el fin de manipular las cosas para satisfacer nuestros gustos egoístas (solo pensar en uno mismo olvidándonos de los otros), la tentación de la apariencia (atraer las miradas y aplausos de los demás) y la peor de todas las tentaciones: “la tentación del poder” (económico, político o religioso), que marea, seduce y corrompe. Concurrir con la tentación es errar el rumbo, y por eso se requiere conversión.

La vida de Jesús estaba impulsada por el Espíritu de Dios. Lo acabamos de escuchar: **«Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu»**. Jesús se dejaba llevar por el Espíritu. No dirá ni hará nada que no sea en obediencia al Espíritu. **«No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de mi Padre que está en el cielo»** (Juan 6,38), dirá en más de una ocasión. Jesús busca ser fiel al Espíritu de Dios que lo empuja a **«llevar a los pobres la Buena Noticia de la salvación; a anunciar la libertad a los cautivos y a dar vista a los ciegos; a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia»** (Lucas 4,18-19). Esa es su vocación. Hacer visible el Reino de Dios, la voluntad del Padre para todos sus hijos. “Venga tu reino, hágase tu voluntad”, oraba cada día.

Por el camino no faltarán las pruebas. El Reino de Dios no es un espectáculo. Al contrario, el Reino de Dios busca abrirse paso en los corazones, en las relaciones humanas y en la historia, como un río que, escondido y silencioso, transcurre por las profundidades de la tierra. Es ahí, en la profundidad de la vida real, ahí donde la humanidad se juega su ser o no ser, donde Jesús se sabe enviado. Es un camino que desciende hacia lo que está más abajo, más perdido y despreciado, más invisible e ignorado.

Es el estilo de hacer de Dios. Jesús dará gracias por ello: **«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños»** (Mateo 11,25). Dios no actúa como los poderes de este mundo. Su gloria no tiene que ver en absoluto con la gloria del mundo. La tentación de abandonar esta senda que desciende y se adentra en las entrañas de la humanidad siempre estará ahí. Jesús lo experimentó.

Como a Jesús, el Espíritu nos lleva al desierto de nuestra vida y de la humanidad entera. Ahí aparecerán las tentaciones y también, como respuesta a ellas, la oportunidad de crecer en fidelidad a la voluntad del Padre, como Jesús. **¿Cuáles son hoy nuestras tentaciones?** Quizá la de no tomarnos en serio a Jesús y acoger de verdad su palabra y su vida; tal vez la de vivir tranquilos en el refugio de nuestra religión sin estar dispuestos a convertirnos al Reino de Dios; o quizá la de vivir cómodamente instalados en esta sociedad del bienestar, indiferentes al sufrimiento de tantos hermanos.

**«¡Dios nos libre –nos dice el papa Francisco– de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!»** (Evangelii Gaudium, 97). Con la gracia de Dios, tratemos de asegurar nuestro caminar, de manera clara y efectiva hacia la Pascua que Dios quiere para toda la humanidad.